

C I U D A D

TERRITORIO Y MEMORIA

Para pensar en una Historia Urbana

1. Una filosofía de las liberaciones

No se trata de ninguna novedad. Más bien, de recordar un pensamiento tal vez tan antiguo como la primera palabra humana: "la carne se hizo verbo y deseó habitar todos los mundos".

Lo quiero recordar según la cabal expresión de Marx, cuando asienta su crítica de la Economía Política sobre el análisis de lo que él llama "el hecho económico actual": la enajenación del trabajo. Señala sus efectos negativos según 4 modos de extrañamiento que padece el trabajador: separación de su producto; separación de su propio trabajo; separación de la condición genérica de la especie humana; y separación del Otro, su congénere inmediato.

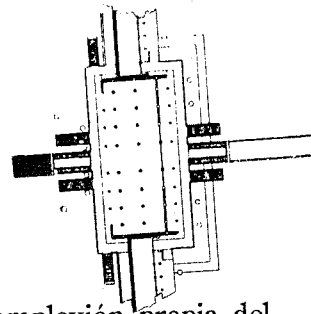
Pero en la misma fórmula en donde condensa estos efectos, Marx recupera un sustrato positivo: "la enajenación del hombre y en general,

Oscar de J. Saldarriaga V. (1)

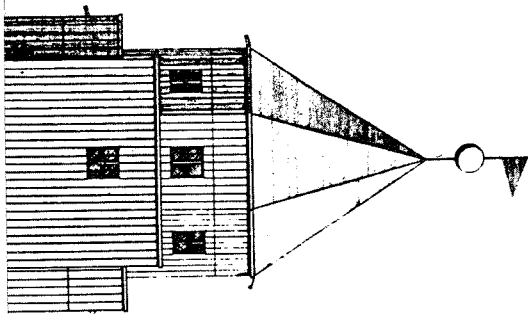
toda enajenación del hombre consigo mismo sólo encuentra realización y expresión verdaderas en la relación en que el hombre está con el otro"(2). La enajenación aparece entonces como un efecto inevitable de toda relación humana productiva, de toda objetivación: pues a diferencia de la actividad unilateral del animal, inscrita para siempre en sus genes y en su forma corporal, la relación del hombre con la naturaleza es "inmediatamente su relación con el hombre": su conocimiento técnico, sus gestos, su lenguaje, sus símbolos, no podrán ser almacenados al mismo tiempo por un solo individuo; tendrá que inscribir en el cuerpo social la memoria histórica, técnica, ética y estética que sustituye la memoria genética de las especies animales; solo en virtud de esta memoria social, artificial, le será posible liberarse al animal humano de sus constricciones biológicas seculares.

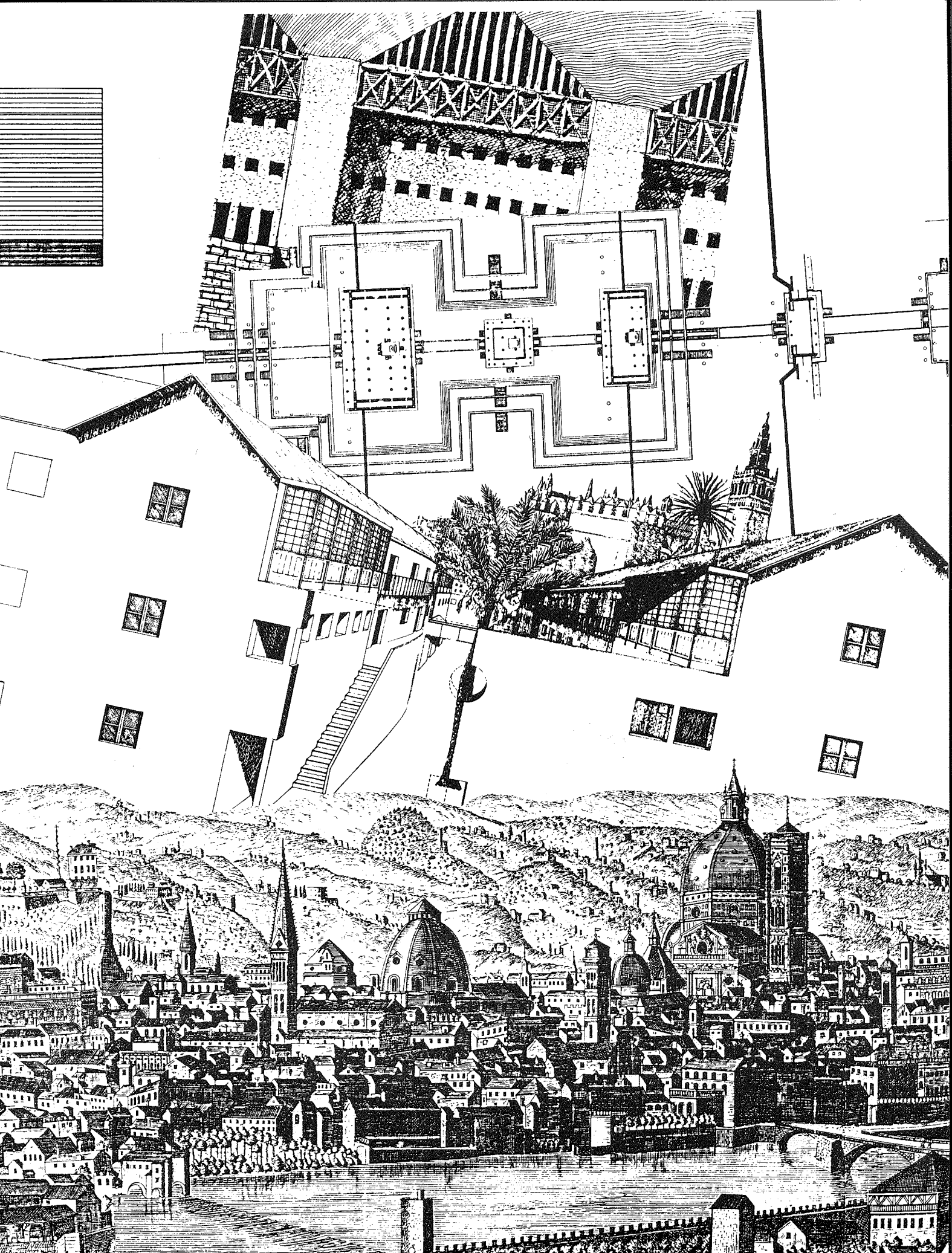
(1). Historiador. Profesor e investigador del departamento de Historia. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Pontificia Universidad Javeriana. Miembro del Seminario de Investigación "Historia Urbana".

(2). MARX, F., Manuscritos económico-filosóficos, 1844. Alianza, Madrid, 1968, p.113.



Es pues compleción propia del hombre, condición de su supervivencia, el sustituir, el liberar sus órganos poco especializados a través de herramientas y máquinas. Objetiva y exterioriza progresivamente su memoria personal por medio de las cifras jeroglíficas, relatos míticos, estructuras alfabéticas, la imprenta o los computadores; sustituye poco a poco sus actividades domésticas de autoabastecimiento a través de la creciente división social del trabajo, y hasta su imaginario personal se desdobra en mitos, rituales y espectáculos para verse al fin expropiado de su "intimidad simbólica" a través de los medios masivos de imaginación. Para guiar su ser, su yo, el individuo debe entregar siempre cada vez más, exteriorizarse, liberarse en sus propias hechuras, las cuales dependerán cada vez más del grupo anónimo que de su propio poder de





producción y decisión. Paradoja que Nietzsche comprendió al llamarnos "animales de olvido".

Animales, porque nuestra soberbia razonante y tecnológica recuerda muy pocas veces -sólo cuando nos asaltan la enfermedad o la angustia- que compartimos con todas las especies vivas de este planeta, una forma de vida que requiere adaptarse a su medio ambiente a través del establecimiento de un territorio: y que antes que por cualquier otra cosa, los desplazamientos en ese espacio a habitar se hallan dirigidos por los ritmos alimenticios, jalonados por "olores y sonidos, regidos por el movimiento de los días y las noches, por las variaciones de temperatura y las imágenes visuales, pudiendo nuestra vida mamífera existir sólo en la sinergia de los ritmos y de las formas, de las sollicitaciones exteriores e interiores, y de cómo ellas son interpretadas y respondidas". (3)

Ritmos corporales internos y externos que deben ser regularizados sobre un espacio a explorar, deslindar, marcar y domesticar: una vez en su centro, podemos erigir nuestros hogares, y empezar a liberarnos de la tiranía de los ritmos naturales a través de los tiempos y los espacios reglados desde la cultura, única manera humana de conjurar el peligro, el caos, la soledad, el sinsentido, el misterio y la muerte que se agazapan más allá del cercado, o a la vuelta del callejón.

Sí, animales de olvido. Nietzsche

nos lo explica así: "esta es una ley universal: todo lo que vive no puede llegar a estar sano, a ser fuerte y fecundo más que en los límites de un horizonte determinado. Si el organismo es incapaz de trazar a su alrededor un horizonte; si por otra parte, es muy inclinado a los fines personales para dar a lo que es extraño un carácter individual, se encaminará indolente o presuroso hacia una rápida decadencia. La serenidad, la buena conciencia, la actividad alegre, la confianza en el porvenir, todo esto depende, tanto en un individuo como en un pueblo, de la existencia de una línea de demarcación que separa lo que es claro, lo que se puede abarcar con la mirada, de lo que es oscuro y está fuera del radio de la visión; dependerá de la facultad de olvidar en el momento oportuno, así como de cuando es necesario recordar el buen momento"(4).

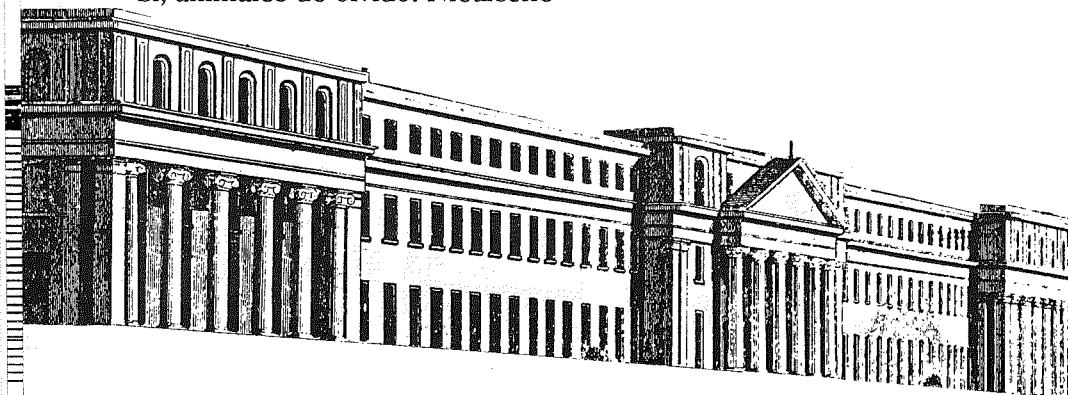
Sí, una filosofía, pero sobre todo una ética de las liberaciones: la condición de la humanización es siempre la exteriorización individual y colectiva: la ciudad, la forma eficaz de marcar y domesticar un territorio, deberá ser vista como el instrumento por excelencia de gran parte de esos desprendimientos. Tal es el juego de la civilización: exitoso en sus resultados globales para la especie al costo de derrochar cientos de destinos personales. No en vano, simbolizada desde el mito prometeico, la condición humana comporta a la vez un triunfo sobre los dioses y el encadenamiento.

Este es pues el horizonte que quiero proponer para pensar una historia urbana que no se vea atrapada entre dos falacias opuestas: la serie ciudad-civilización-progreso, que ha engendrado su antagonista aparente en la serie negativa ciudad- deshumanización-enajenación.

¿Qué chispas pueden producirse al relacionar la historia de éstos artefactos de agrupamiento que llamamos ciudad, con el un pensamiento sobre las entrañas, sobre los ritmos corporales íntimos, un retorno a la noción animal de territorio y refugio, al drama humano de la disolución perpetua de un sí mismo arduamente construido? No es posible preverlo, pero tal vez un efecto posible sea apuntalar el campo crítico de las luchas libradas en la actualidad alrededor de la consigna "por una escala humana", desde una propuesta ético-política: la reconstitución del equilibrio entre los sujetos y las objetivaciones en que éstos se exteriorizan, en un movimiento que signifique a la vez un armisticio con nuestros propios cuerpos.

2. Una filosofía del territorio: Forma y Función.

Un pensamiento acostumbrado a escindir el mundo entre alma y cuerpo, significativo y significado, palabras y objetos, forma y contenido, nos ha causado dificultades para si-



3. LEROI-GOURHZN, André, El gesto y la palabra. Universidad Central, Caracas, 1971. p. 276.

4. NIETZSCHE, Federico, "De la utilidad y los inconvenientes de los estudios históricos para la vida", en Obras Completas. Aguilar, T. III, p.56.

tuar claramente "lo urbano". Detrás de muchas de nuestras discusiones actuales, se dibuja esta ambigüedad: es lo urbano una forma, un sistema de relaciones mecánicas que marcan, canalizan, expresan unos contenidos dados por la organización social?(5). La ciudad sería la forma, la sociedad el contenido; esta dualidad ha hecho posibles dos tipos básicos de discursos y acciones sobre la ciudad:

Unos, que llamaré "formalistas", privilegian la descripción del mecanismo físico-económico, arquitectónico o cultural de la ciudad: en éste campo se hallan tanto los discursos de los planificadores urbanos y economistas, los arquitectos-urbanistas y paradójicamente también los filósofos y estetas de las "polis"; desde aquí se sueña con diseñar una ciudad ideal cuya disposición material resolviese todos los conflictos.

Hacia el otro lado, los "reformadores sociales", conservadores o revolucionarios, resaltan los fenómenos de tensión entre grupos o clases sociales, identificando totalmente los efectos del crecimiento capitalista con los del proceso de urbanización, postulando al fin un pensamiento anti-urbano o una "ideología negativa" de la ciudad.(6)

Ciertamente la ciudad de la revolución industrial ha sido una condición necesaria del proceso de acumulación capitalista, pero lo ha sido justamente por la eficacia de un esquema funcional, establecido ya des-

de hace más de 8.000 años, durante el período conocido como la revolución neolítica, o la primera revolución urbana.

Este fenómeno nos aboca a pensar la ciudad primero, desde la perspectiva de la historia de las técnicas, como uno de los instrumentos más sofisticados y polifuncionales que hayan aplicado los grupos humanos a la forma bio-social de apropiación espacio-temporal del territorio.

En todos los grupos humanos conocidos, el hábitat responde a una triple necesidad:

- a) la de crear un medio, un instrumento de supervivencia económica técnicamente eficaz;
- b) la de asegurar un marco espacial al sistema de relaciones sociales y
- c) la de poner en orden, material y simbólicamente, como desde su centro, al universo circundante.(7)

Tenemos pues, tres funciones básicas: principio de habitación, principio de espacialización y principio de orden cósmico; valores que hoy difícilmente reconocemos a nuestras urbes, pero que, como quisiera mostrar, siguen siendo el sostén de nuestra manera de apropiarnos de un territorio, y la posibilidad de recuperar los fundamentos de la dispersión que hoy parece sobrepasarnos.

La invención de la ciudad (la civilización, en su sentido etimológico), sólo es posible cuando la ecuación básica de supervivencia de un grupo humano, la relación entre

el territorio apropiado, el alimento disponible y la densidad de población sostenible, se vieron desequilibradas definitivamente por la aparición de excedentes agrícolas, de excedentes de población no directamente productiva y excedentes de tiempo social, con la consiguiente necesidad de estabilizar los depósitos de alimento y de defenderlos: la ciudad aparece entonces como el mecanismo técnico y económico que permite redistribuir la población el tiempo y el excedente productivo, en cuya virtud se convierte además en centro de dominio político, cultural y simbólico. La disposición es conmovedoramente simple, pero eficiente: un "casco" encerrado entre muros defensivos, cercando las reservas de cereales, el tesoro y el templo. Este recinto alberga un conjunto de oficios ya bien polarizados: de una parte, la gran masa de domésticos, esclavos y productores, gobernados por especialistas del control y los ritmos globales: el mando al rey, las armas a los guerreros y el tiempo calendario a los sacerdotes.

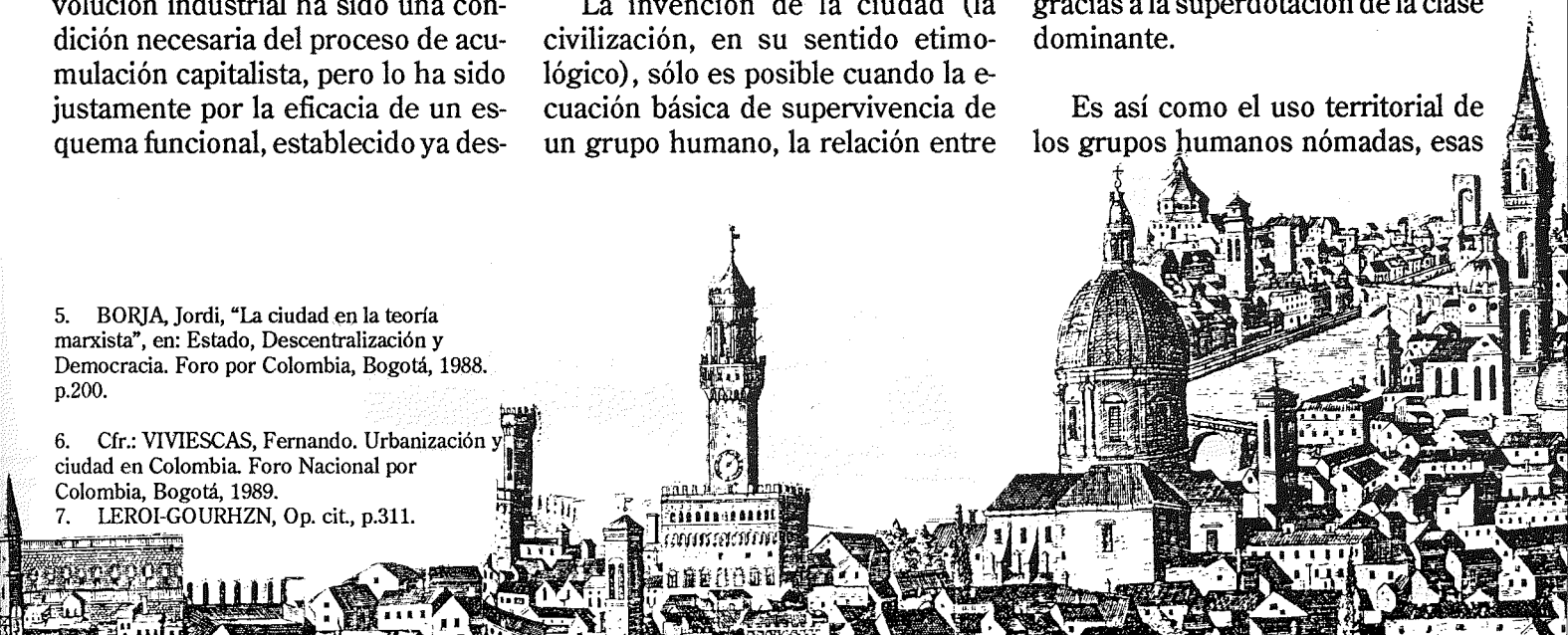
Los artesanos, primeros técnicos, pagan el precio de no producir directamente alimentos: ellos han forjado las herramientas, las armas de los jefes, las joyas de las cortesanas, siempre despojados de su producto: ellos, siendo los verdaderos maestros de la civilización, existen sólo gracias a la superdotación de la clase dominante.

Es así como el uso territorial de los grupos humanos nómadas, esas

5. BORJA, Jordi, "La ciudad en la teoría marxista", en: Estado, Descentralización y Democracia. Foro por Colombia, Bogotá, 1988. p.200.

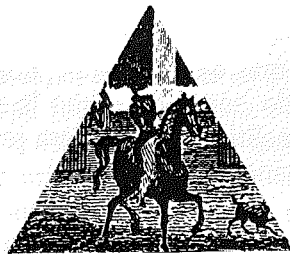
6. Cfr.: VIVIESCAS, Fernando. Urbanización y ciudad en Colombia. Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1989.

7. LEROI-GOURHZN, Op. cit., p.311.



superficies marcadas por puntos de fijación alimentaria y desplazamientos cotidianos periódicos se liberan, se reescriben en redes espacio-temporales sometidas a nuevos ritmos: la ciudad es ahora el centro nuclear, la capital de un grupo de aldeas, sus órganos se articulan con el campo del cual toman su materia nutritiva; nuevos especialistas, funcionarios e intermediarios enlazan al gobernante con los campesinos. Surgirán luego los comerciantes, elemento social suplementario, quienes junto a la aparición de la moneda, vienen a complicar este dispositivo urbano, el cual permanecerá sin complicaciones estructurales profundas durante siglos, hasta el estallido de la revolución industrial.

Desde este punto de vista, la ciudad como forma técnica, no tiene sentido denunciar la "aberración" de las urbes modernas, ni analizar su "crisis" como una novedad: "desde su inicio, el desarrollo del organismo urbanizado acarrea inevitablemente todo lo que hay de negativo en las sociedades actuales. En efecto, no puede ser eficaz sino en la medida en que acentúa la segregación social: y ésta, que se constituye en la base del progreso técnico, de la liberación del medio natural, se realiza al precio de la depredación social". (8)



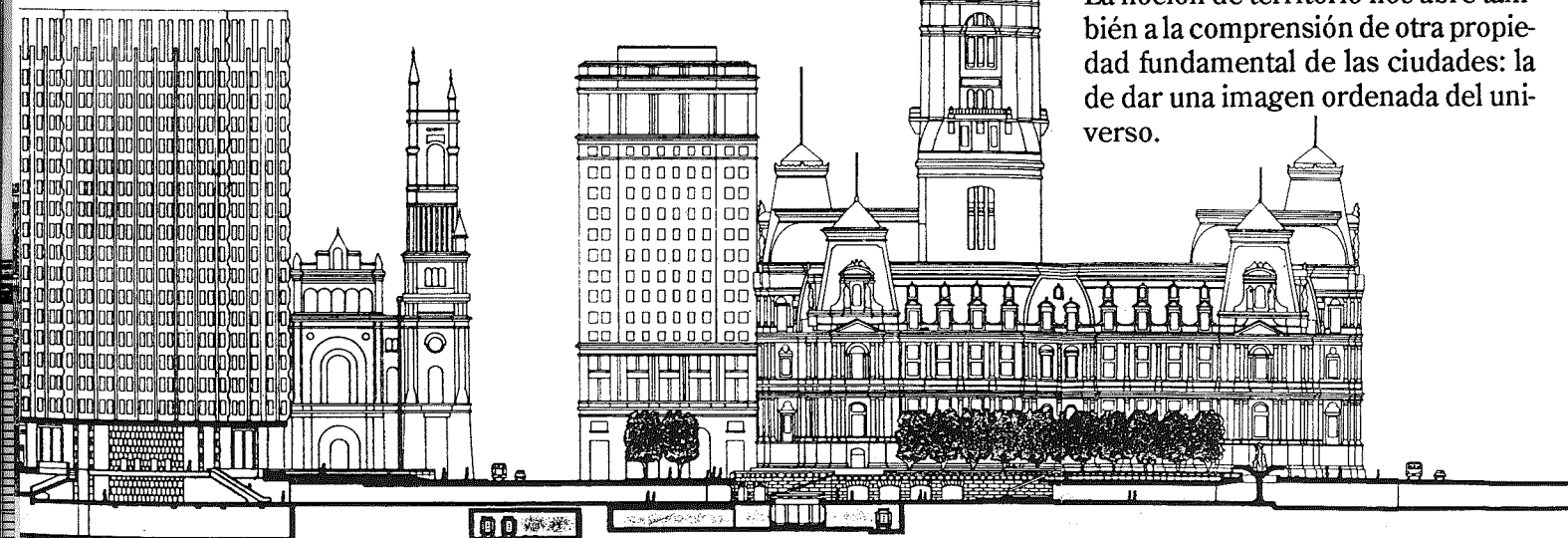
El cuadro no quedaría completo si no señalamos que el desarrollo de la primera urbanización no es sólo correlativo a la aparición del técnico, sino a la aparición de la escritura: "las sociedades agrícolas, tan pronto sa-

len del período de transición para asumir una estructura (urbana), se forjan instrumento de expresión simbólica a la medida de sus necesidades. Este instrumento, como es sabido, gracias a numerosos testimonios, nació como instrumento contable y rápidamente se transformó en el útil de la memoria histórica, en otras palabras, es el momento en que comienza a establecerse el 'capitalismo agrario' cuando aparece el medio de fijarlo en una contabilidad escrita y es también el momento en que se afirma la jerarquización social cuando la escritura crea su primera genealogía". (9) No es por tanto casual la aparición simultánea de la ciencia de los astros, el código penal y el préstamo bajo firma.

-
- 8. LEROI-GOURHZN, Op. cit, p.117.
 - 9. Ibid, p.178.
 - 10. Ibid, p. 293.

Estas observaciones serán básicas para la propuesta de construcción de una "memoria urbana", que planteamos más adelante.

Pues no es la escritura por la cual definimos la función de la ciudad como territorio cultural. O no sólo por ella: el uso del alfabeto lineal por una minoría de letrados es sólo una de las técnicas -y una de las más restringidas relativamente- a través de las cuales el dispositivo urbano estrecha progresivamente la cuadrícula de tiempo y espacio, de ritmos y de valores, alrededor de sus habitantes. La noción de territorio nos abre también a la comprensión de otra propiedad fundamental de las ciudades: la de dar una imagen ordenada del universo.



El orden es introducido por la medición del tiempo y del espacio y en virtud del geometrismo arquitectónico que copia el movimiento de los astros, las estaciones, los dioses o ciertos modelos matemáticos. El que tales imágenes, dioses y modelos se hayan modificado históricamente, no altera en lo más mínimo su función cosmogónica hasta hoy.

Enfatizo en éste último punto por varias razones. Una, para disentir de aquellas visiones negativas de la forma urbana como 'deshumanizante por sí', y en particular aquellas que niegan a las clases subalternas la posibilidad de recrear sus referentes territoriales, vitales y simbólicos en el ámbito urbano.

Una segunda razón, de alcance metodológico: proporcionar un tercer elemento para entender el proceso de mutación histórica del dispositivo urbano según las variables técnicas que rigen los productos de la industria humana: las relaciones entre forma, función, materia y ritmo.

Sobre la combinación de estos cuatro elementos, podemos analizar las formas que en cierto momento (de la tecnología) se han podido entrecruzar en una ciudad, según el nivel que hayan tomado tres valores: Primero, la función mecánica idealmente eficaz (ya analizada cuando describimos el dispositivo urbano); segundo, las soluciones materiales de la aproximación funcional, según el estado alcanzado por las técnicas; y el tercero, el estilo, el sello estético

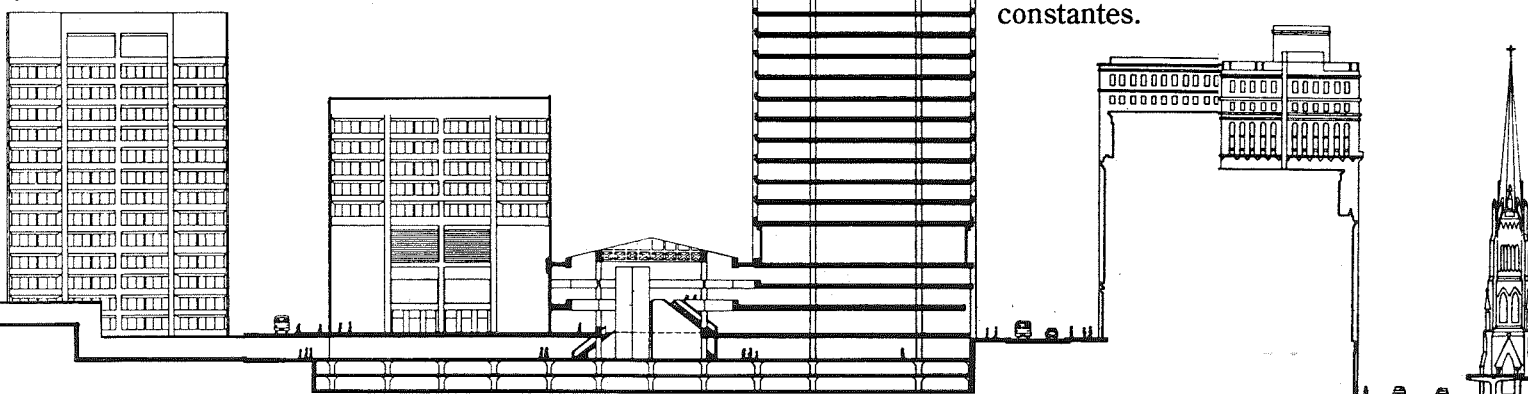
del grupo social o étnico (que quedó expreso cuando señalamos las funciones cosmogónicas de la ciudad) (10).

El segundo valor, la aproximación funcional, es tal vez el de mayor riqueza para comprender las condiciones intrínsecas a cada estructura urbana en la historia: esta noción nombra los "compromisos" que se establecen entre las diferentes funciones de un instrumento, los cuales afectan su forma alejándose más o menos de las fórmulas de funcionamiento satisfactorio (valor 1): un ejemplo elemental sería considerar la simpleza y eficacia de un ins-

trumento como el punzón, enfrentado a la complejidad casi monstruosa de una navaja de 10 servicios, en donde el objetivo de concentración multifuncional hace perder eficiencia a cada elemento individualizado.

En el caso de la ciudad, se trata de un asunto obviamente mucho más complejo pues acá debemos dar cuenta no sólo de los efectos del desarrollo tecnológico, sino de los modos de producción y las formaciones sociales, las clases, el sistema político, los usos del espacio (público-privado-sacro) y las modalidades de dominio territorial. Pero estos puntos de análisis ya no estarían en una relación forma-función o valor-movimiento.

Se trata de arriesgarse a un análisis de la ciudad como instrumento, que sería útil para completar la crítica de las relaciones de explotación económica y de dominación política con una conceptualización entre las formas y las técnicas de integración espacio-temporal específicas de las sociedades urbanas. Estoy inclinado a pensar que si existe algo que se llame con derecho "historia urbana", no es por que exista un ente autosuficiente, el "objeto ciudad". Pues paradójicamente, es la ausencia de una teoría de las formas, los cuerpos, los mecanismos, los organismos, los dispositivos, lo que nos ha hecho imaginar "lo urbano" como un objeto en sí, o peor, como un adjetivo de modo; pero no como una ecuación de relaciones mutables entre elementos constantes.



Lo urbano, pienso, ha de verse entonces como una forma, un útil fabricado según una fórmula precisa de relaciones funcionales, y es a partir de los datos de tal entramado como los historiadores podemos plantearnos ya no temas (la ciudad, ésta o aquella) sino problemas (territorio-alimento-población-cultura).

Pero para culminar la problematización de la historia urbana desde la perspectiva del instrumento, aún requerimos precisar, además de sus componentes, su operación:

3. Una filosofía de los ritmos y la memoria.

Un análisis de los instrumentos no puede limitarse solo a la forma, la función y la materia: un útil existe sólo en la sincronización de su uso, en su operación regular. El ritmo, asociación del movimiento a la forma, al organismo o al mecanismo, es la condición primaria de todo comportamiento activo. Si en el animal aparece como una pulsión orgánica, que materializa su vivencia del tiempo y el espacio al modo de desplazamientos instintivos a través de un territorio, en las sociedades humanas, sin abandonar esta base biológica, tal pulsión debe ser reflejada en una red de símbolos que le permite ser confrontada consigo misma y modificarla a través de la memoria individual o colectiva que reposa en la convención de los lenguajes. Dicho de

otro modo, los ritmos y los valores son creadores de un tiempo y un espacio específicamente humanos, liberados a las velocidades de cada civilización, velocidad dada justamente por su capacidad de englobar los días y las distancias en redes artificiales más o menos ceñidas.

Puede comprenderse ahora el valor de la forma urbana como instrumento de integración territorial: el juego complejo y contradictorio de ritmos que impone, pero también conjuga, superpone, asimila, excluye o anula. Ritmos biológicos, ritmos técnico-productivos, ritmos de grupos sociales, ritmos administrativos, rituales y estéticos.

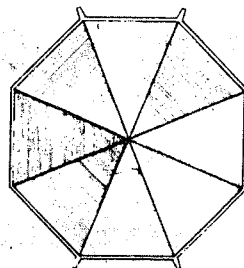
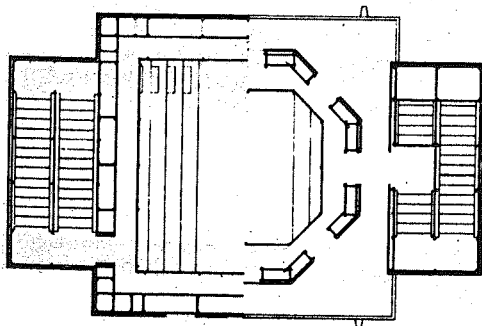
Y puede entenderse también aquí la utilidad de una filosofía de las liberaciones: porque la virtualidad del mecanismo ciudadano es la de reordenar éstos ritmos según una lógica de los desprendimientos, las exteriorizaciones, las expropiaciones: el gesto manual se desprende en herramientas, luego la mano se torna fuerza motriz de máquinas, y en estas, finalmente, se exterioriza el aparato osteo-muscular humano. Con la electricidad y la electrónica es ya el sistema nervioso quien se prolonga a nuestro alrededor. La megalópolis contemporánea ya no se nutre como su abuela preindustrial, de un cordón de aldeas, su coto de caza hoy sigue las líneas de fuerza de la distribución imperial del planeta.

Pero si este acontecimiento material, la liberación sucesiva del útil,

parece sorprendente, en realidad el hecho fundamental es la liberación del lenguaje, esta propiedad única que posee el hombre de situar su memoria fuera de sí mismo, en el "organismo" social.

Precisemos, en primer lugar, lo que entendemos técnicamente, por memoria. Son las investigaciones sobre conducta animal la etología (11), y sobre inteligencia artificial, la cibernética (12), las que nos proporcionan una imagen actual de su mecanismo: en un sentido muy amplio, ya no se concibe la memoria como una facultad del alma, o como una cualidad de la inteligencia. Se describe como un soporte material sobre el que se inscriben las cadenas de actos (programas) ejecutables, sea cual fuese el soporte: cerebral, mecánico o social. Se trata de un problema de orden más fisiológico que filosófico: concierne a modalidades de programación situadas en un rango cuyos umbrales se extienden, desde la capacidad de desencadenar respuestas "ciegas", genéticas, a estimulaciones orgánicas o ambientales, en un extremo, hasta la potencialidad de construir activamente cadenas operatorias opcionales para lograr el dominio de las situaciones vitales y aprender de las experiencias.

Quiero señalar dos series de implicaciones pertinentes para la problematización de lo urbano: las relaciones memoria-lenguaje, y las relaciones individuo-grupo social.



11. LORENZ, Konrad, Consideraciones sobre la conducta animal y humana. Planeta-Agostini, BOgotá, 1984, vol. 2, p. 274.

12. SCHANK, Rogert C., El ordenador inteligente. Antonio Bosch, Barcelona, 1986, p.51.

Tres tipos de memoria podemos distinguir operando en los comportamientos humanos: una animal, profunda, automática, marcada en los códigos genéticos. La segunda, mecánica, o mejor maquina, comprende cadenas de actos que si bien han sido adquiridos por experiencia o socialización, y se expresan en gestos y lenguaje, se mueven en una especie de 'penumbra infraverbal', rutinaria, pero susceptible de pasar, a causa de una interrupción súbita de sus ritmos, al tercer nivel, el del comportamiento lúcido, sobre el cual interviene el lenguaje de manera preponderante, bien para reparar una ruptura fortuita del desarrollo de alguna operación, bien para crear soluciones operatorias nuevas.

Lo importante de entender acá no es en el nivel de los actos, sino el del LENGUAJE, en donde reside la libertad del comportamiento humano. Sólo puede establecerse distancia sobre lo vivido cuando podemos traducir las situaciones a cadenas de símbolos y confrontarlas entre sí: si el lenguaje es el instrumento de la liberación en relación a las necesidades genéticas y a las rutinas socio-étnicas, y si a la vez no reside en el individuo sino en la tradición social, llegamos por este camino a comprender el valor político que puede tener una historia urbana pensada desde los ritmos: sólo cuando un individuo o una minoría producen la ruptura de los ritmos personales y colectivos, puede producirse la invención, el progreso o la sustitución, y paradójicamente, este es el proce-

dimiento por el cual la memoria étnica, por definición tradicional y conservadora, puede enriquecer sus rutinas.

Es necesario insistir en el carácter fundamental del ritmo, sobre todo si interesa recuperar el ámbito de lo vivido real desde el punto de vista de los individuos insertos en su territorio: para cada sujeto, los ritmos son creadores de tiempo y espacio, como referentes de sus percepciones y desplazamientos cotidianos. Pero además, los ritmos son creadores de forma: no sólo los ritmos de producción, los gestos monótonos y precisos de la fabricación de objetos, sino también las formas sociales: gestos de comunicación, sumisión o mando, jerarquía o afectividad; igualmente, de formas estéticas: gestos acompasados que generan el teatro, la danza, la música, la narración, la figuración o la ceremonia: en suma, todas las exteriorizaciones simbólicas que afinan la seguridad íntima de pertenencia a una territorialidad, a un grupo humano y por supuesto, a sí mismo. (13)

13. La idea del ritmo tiene alcances además de lo antropológico: Manfred Max Neef, Nobel de economía alternativa, propone no sólo el uso de las nociones de ritmo y densidad aplicadas en el ámbito urbano, sino que fundamentado en una ley física de Galileo y una ecuación monetaria de Fischer, establece la fórmula matemática que rige la relación entre espacio, tiempo, masa demográfica y velocidad de sus desplazamientos en función de magnitud creciente de un conjunto urbano. Dos conclusiones se desprenden de tal ecuación: Uno, que mientras una ciudad se expande en progresión aritmética, las distancias efectivas que recorren sus habitantes lo hacen en progresión geométrica; y dos, que por lo tanto, toda expansión urbana se torna irremediamente disfuncional apenas sobrepasa cierto límite. Esta simpleza pone en tela de juicio las estrategias planificadoras aplicadas a los países del Tercer Mundo. Max Neef sostiene que la medida de tal límite de tolerancia lo determinan, en contraposición a las leyes de crecimiento económico, los umbrales de espacio y tiempo en tanto vividos desde la percepción y dimensiones de cada sujeto, medidas por la capacidad de participación vital y

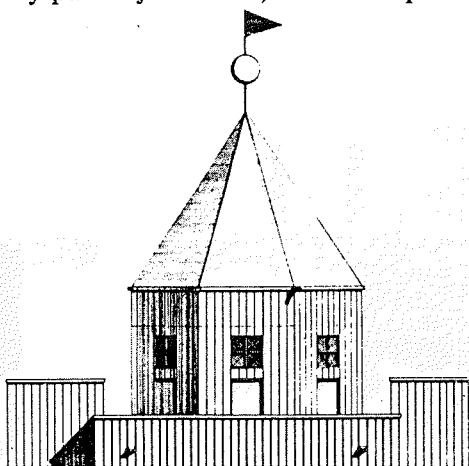
4. La propuesta: hacia una noción de memoria urbana.

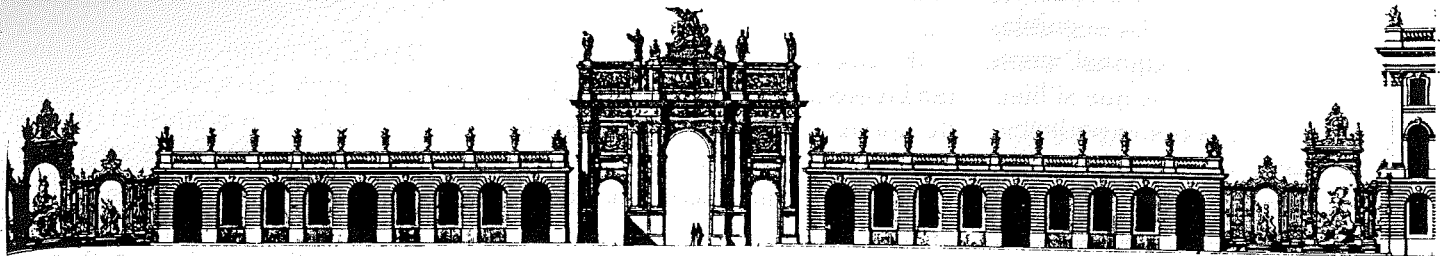
Desde el punto de vista de los soportes materiales, de la técnica de acumulación y transmisión de conocimientos y saberes de un grupo, la memoria colectiva ha pasado por cuatro formas diferenciales: la tradición oral, la mitografía o ideografía, la escritura alfabética lineal y la compilación electrónica. Pero como formas, son verdaderos modos de producción histórica de lenguajes y registros: con sus agentes especializados, sus instituciones de albergue y distribución, sus grupos de informaciones, temas y conceptos, sus sistemas de control.

Para mi propósito, quiero detenerme en los modos "clásicos" y tradicionalmente contrapuestos, lo oral y lo escrito, cuyos conflictos y simbiosis creativas pervivirán aún por largo tiempo en nuestras sociedades urbanas.

En realidad, lo que llamamos tradición oral, no debe denominarse así porque carezca de soportes gráficos de representación sino porque sus medios -los pictogramas o mitogramas- no se hallan en relación lineal, figurativa, con lo hablado: es más bien "otro" modo de pensar basado en la multidimensionalidad, en la distribución de los símbolos en una superficie concéntrica para evocar acciones, abstracciones o relatos, son como ensamblajes significativos

comunicación directa para la consecución de bienestar, seguridad, sociabilidad y cultura. El establecimiento de los ritmos hace posible situar la historia urbana frente a sus estrategias de análisis: los movimientos del mecanismo, o la escala de sus habitantes. ("lo pequeño es hermoso, y lo hermoso es lo humano"). Ver: Max Neef, Manfred, "La Ciudad: magnitudes y ritmos", en Repensando la Ciudad.





por analogía que requieren siempre de un narrador o expositor iniciado en la traducción de lo gráfico a lo oral: muertos los pintores de Altamira no hay posibilidad de reconstruir el "alfabeto" de sus grafismos. Pero no debe asignarse con exclusividad esta forma a las sociedades primitivas o a las rurales: tal modo de representación se prolonga influyendo en las escrituras ideográficas, en los conocimientos iniciáticos o en muchas religiones, en las manipulaciones asociativas del lenguaje publicitario, o finalmente y para mayor asombro, en las ciencias, cuando las ecuaciones o modelos desbordan la linealidad alfabética.

Del otro lado tenemos la escritura uno de los mejores ejemplos del efecto de liberación/constreñimiento: un sencillo recurso técnico, colocar signos fonéticos en orden lineal, reproduciendo la sucesividad de la voz, produce el efecto de comprensión y aceleración del pensamiento: la palabra escrita elimina las múltiples asociaciones y sentidos en aras de la precisión, el lector ya no es un

iniciado sino un técnico, y las ideas se suceden en un hilo razonante y eficiente, por oposición a los laberintos del pensamiento mítico: como ya lo señalamos, aparecen aquí los registros que anudan el dispositivo urbano: contabilidades, calendarios, censos, genealogías, escrituras de propiedad...

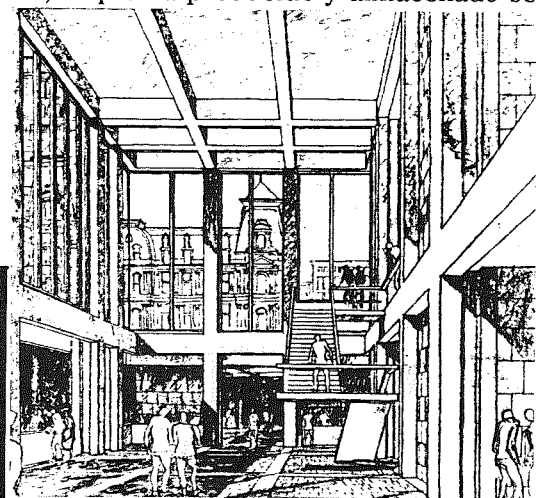
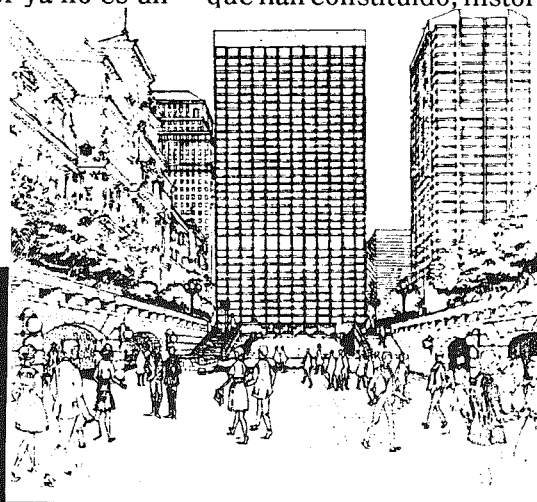
Este es nuestro punto de llegada: señalar al registro escrito como el eslabón por excelencia entre sociedad urbana y memoria colectiva. Dicho de otro modo, se trata de que donde se van consolidando relaciones de poder típicamente urbanas, es justamente donde emergen los documentos como engranaje de fijación. Comienzo elemental y mezquino, pero fecundo en implicaciones.

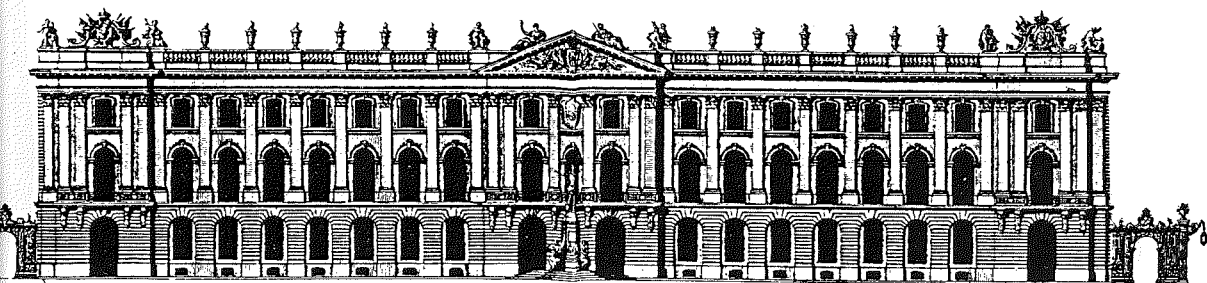
La idea global responde al principio simple de que en toda sociedad urbana la escritura, los documentos, monumentos e íconos han surgido justamente en los nudos donde se articulan ciertas relaciones técnicas, económicas, políticas y culturales que han constituido, históricamente,

la singularidad de ese dispositivo de agrupamiento humano que conocemos como "la ciudad".

De esta manera, pensamos que cada registro documental no es simplemente un soporte de "información sobre el pasado", sino que, desde la perspectiva de la historia urbana, su valor reside en que :

- 1.- ha sido producido y sustentado por una red institucional precisa;
- 2.- en que ha sido diseñado, elaborado, administrado y puesto en circulación por ciertos "especialistas", quienes desde el escribano hasta el filósofo lo ponen en juego según ciertas reglas de uso, y
- 3.- en que además, todo registro establece, materializa unos modos culturales de relacionar los conocimientos más abstractos con las formas de observación empírica, a través de ciertas técnicas para enlazar y difundir tales contenidos. De esta forma, entendemos por MEMORIA URBANA el conjunto de documentos teóricos, normativos, técnicos, pragmáticos o cotidianos que ha producido y almacenado se-





gún sus sistemas históricos de funcionamiento, una sociedad urbana dada.

En otras palabras, concebimos la memoria, el "archivo" de una ciudad no solo como el conjunto de series documentales clasificadas según temáticas, sino que su estructuración nos remite a un corpus, es decir, a un campo de registros en apariencia heterogéneo, pero agrupado por las reglas históricas que han determinado su producción y funcionamiento alrededor de objetos o problemas que cada sociedad urbana ha considerado de su incumbencia.

Por lo pronto, al menos dos implicaciones se desprenden de tal consideración: en primer lugar, se trabajan como registros documentales no solamente los registros escritos, sino toda "materialización de códigos", bien sean orales, lingüísticos, icónicos o arquitectónicos.

En segundo lugar y con independencia de la diversidad de metodologías requeridas para "leer" cada tipo

de código, la noción de MEMORIA URBANA nos aboca a un análisis histórico que debe recorrer una doble dirección: De una parte supone reconstruir "objetos urbanos" a través del campo heterogéneo que los ha producido (prácticas y usos sociales, instituciones, saberes, normas, funcionarios y agentes, anotaciones, verificaciones y registros). Pero

a la vez dicho análisis ha de rescatar, para el ámbito de cada uno de esos objetos (i.e. el uso del espacio, la planificación, el orden público, los servicios públicos, la inseguridad, la drogadicción, la moralización, la higiene, etc.) la homogeneidad de las reglas históricas que los ha constituido, a través de la diversidad de espacios urbanos en donde han operado ♦

